

cipiar una larga serie de venganzas contra los hombres, cuya energia habia salvado la Francia. Por el contrario sus enemigos, oyendo diariamente á los miembros de la comision revolucionaria pedir la comparecencia de Carrier, y viendo las lentitudes de la comision de los 21, decian que se intentaba salvarle. Temiendo la comision de seguridad general que tomase la fuga, le mandó rodear de agentes de policia que no le perdian de vista, aunque ciertamente no soñaba Carrier en huirse. Bien se lo aconsejaban algunos revolucionarios, pero él no se determinó á tomar ningun partido, como si estuviese confundido y paralizado por el horror público. Notó un dia que le iban siguiendo y parándose delante de uno de los agentes le preguntó para qué le seguia, preparándose á apuntarle con una pistola, y habiéndose seguido una reyerta, acudió la fuerza armada, y apoderándose de Carrier le condujeron á su casa. Esta escena metió mucho ruido en la asamblea, y escitó violentas reclamaciones en los jacobinos, diciéndose que habia sido violada la representacion nacional en la persona de Carrier, sobre lo cual se pidieron esplicaciones á la comision de seguridad general. Esta esplicó los hechos segun habian pasado, y aunque la censuraron amargamente, tuvo por lo menos ocasion de probar que no intentaba favorecer la evasion de Carrier. Ultimamente la

comision de los 21 presentó tambien su informe proponiendo la acusacion ante el tribunal revolucionario. Procuró Carrier defenderse aunque débilmente, atribuyendo todas las crueldades á la exasperacion producida por la guerra civil, y á la necesidad de aterrar al Vendée que tanto amenazaba, y últimamente al impulso dado por la comision de salud pública, á la cual sin embargo no se atrevió á culpar de los ahogamientos, pero sí de aquella inspiracion de energia feroz que se habia apoderado de tantos comisionados de la convencion. Esto suscitaba varias cuestiones peligrosas que ya se habian tocado muchas veces, y eran relativas á la parte que cada uno habia tenido en las violencias de la revolucion. Los representantes podian disculparse con las comisiones, las comisiones con la convencion, la convencion con la Francia y todos con aquella inspiracion que habia producido cosas tan grandes y tan horribles, que era comun á todo el mundo y que dependia esencialmente de una situacion tan fuera de ejemplo. — « Todo el mundo, dijo Carrier en un momento de desesperacion, todo el mundo es culpable aquí, hasta la campanilla del presidente. » — Sin embargo fue tal la indignacion que causó la relacion de los horrores cometidos en Nantes que no hubo siquiera un miembro que se atreviese á defenderle, ni menos á justificarle con algunas

consideraciones generales; y así se decretó unánimemente su acusacion y se le remitió al tribunal revolucionario.

Rápidos eran en efecto los progresos que iba haciendo la reaccion, pues que vemos dirigirse contra Carrier los tiros que no se habian atrevido á emplear contra los antiguos miembros de las comisiones de gobierno, y ya empezaban á temblar todos los que habian hecho parte de las comisiones revolucionarias, todos los que habian sido representantes de la convencion y en fin todos los que habian tenido que desempeñar funciones rigurosas.

De mucha prudencia necesitaban usar los jacobinos á quienes ya prohibia un decreto las afiliaciones y la correspondencia en nombre colectivo, pero era poco probable que despues de los últimos acontecimientos supieran contenerse y evitar una lucha con la convencion y los thermidorianos. En efecto lo que habia pasado con Carrier ocasionó una sesion muy tempestuosa en su club, donde el diputado Crassous hizo una pintura muy severa de los medios empleados por la aristocracia para perder á los patriotas diciendo: «La causa que se está siguiendo ante el tribunal revolucionario es su principal recurso y con la que mas cuentan; los acusados apenas tienen facultad para ser oídos en presencia del tribunal; los testigos son

« casi todos gente interesada en hacer mucho ruido con este negocio; algunos traen consigo pasaportes firmados por los *chuanes*; los periodistas y folletistas se han coligado con ellos para exagerar las menores bagatelas fascinar la opinion pública y hacer perder de vista las crueles circunstancias que ocasionaron y explicar las desgracias ocurridas no solo en Nantes mas en toda Francia. Si la convencion no reflexiona en ello, no tardará en verse deshonrada por esos aristocratas que solo alborotan tanto en esta causa para hacer resaltar sobre ella toda la odiosidad. No son ya los jacobinos á quienes debe acusarse de que intentan disolver la convencion, sino á esos hombres que se han ligado para comprometerla y envilecerla á los ojos de la Francia. Que se miren bien en ello los patriotas y tengan cuidado, porque el ataque se ha principiado ya, y es menester que se unan estrechamente y se defiendan con energia. »

Otros muchos jacobinos hablaron despues y repitieron casi las mismas cosas, diciendo que se hablaba mucho de los fusilamientos y de los ahorcamientos, pero no se decia una palabra de que aquellos individuos á quienes miraban con tanta compasion, habian enviado socorros á los rebeldes, ni se recordaban las crueldades cometidas con nuestros voluntarios, á quienes colgaban de los

árboles y los iban fusilando uno tras otro. Si se pide venganza en favor de los vergantes, que vengan tambien á pedirla las familias de 200 mil republicanos sacrificados desapiadadamente. — Estaban muy acalorados los ánimos y la sesion se iba convirtiendo en tumulto cuando Billaud-Varennes á quien los jacobinos reconvenian por su silencio, tomó á su vez la palabra y dijo: « Es sobradamente conocida la marcha de los contra-revolucionarios, pues cuando allá en la asamblea constituyente quisieron desacreditar la revolucion, dieron en llamar desorganizadores á los jacobinos y los fusilaron en el Campo de Marte. Despues del 2 de setiembre cuando se propusieron impedir la fundacion de la república, les llamaron asesinos y sanguinarios cargándoles con calumnias atroces: hoy vuelven á poner en práctica las mismas maquinaciones, pero no por eso piensen que han de triunfar, porque si los patriotas han podido guardar silencio por un instante, no se crea que está muerto el leon cuando duerme, sino que al despertarse suele esterminar á todos sus enemigos. La trinchera está abierta, y los patriotas van á despestarse y recobrar toda su energia; mil veces hemos espuesto ya nuestras vidas, y si es que nos espera el cadalso, acordémonos de que el cadalso fué quien cubrió de gloria al inmortal Sidney. <sup>14</sup> » Este discurso elec-

trizó todos los ánimos y no solo aplaudieron á Billaud-Varennes, sino que se arremolinaron á él y prometieron hacer causa comun con todos los patriotas amenazados y defenderse hasta la muerte.

Una sesion semejante en la situacion en que estaban los partidos no podia dejar de escitar grande atencion, porque las palabras de Billaud-Varennes que hasta entonces se habia abstenido de subir á ninguna de las dos tribunas, eran una verdadera declaracion de guerra, y en este sentido las tomaron los thermidorianos. Al dia siguiente Bentabolle cogió el diario de la montaña donde estaba copiada la sesion de los jacobinos y denunció aquellas espresiones de Billaud que decian: *no está muerto el leon cuando duerme y al despertarse suele esterminar á todos sus enemigos.* Apenas tuvo tiempo Bentabolle de acabar la lectura de aquella frase cuando los montañeses se levantaron y le llenaron de injurias diciéndole que era del número de aquellos que habian hecho soltar aristocratas. Duhem le trató de tunante, y Tallien pidió con ahinco la palabra en favor de Bentabolle que asustado con el tumulto se quiso bajar de la tribuna. Sin embargo le hicieron permanecer en ella y entonces pidió que se obligase á Billaud-Varennes á esplicarse sobre el *despertamiento del leon.* Billaud pronunció algunas palabras desde su asiento, y em-

pezaron á gritarle: á la tribuna, á la tribuna. Se resistió algun tanto, pero al fin se vió precisado á subir y tomar la palabra diciendo: «Yo no retracto la opinion que emití en los jacobinos; mientras creí que solo se trataba de disputas individuales he guardado silencio, pero no debo callar cuando veo que la aristocracia levanta la cabeza mas amenazadora que nunca.» — Al oír estas últimas palabras empezaron á reírse en una tribuna, y á meter mucho ruido en otra. — Hágase salir á esos *chuanes*, gritaron desde la montaña, y Billaud continuó entre los aplausos de los unos y los murmullos de los otros. Dijo con voz confusa que se habia puesto en libertad á realistas declarados y puesto presos á los patriotas mas puros; citó á Mma. de Tourzel, aya de los Infantes de Francia, á quien acababan de poner en libertad, cuando ella sola podia servir de foco á la contra-revolucion. Al oír estas últimas palabras nadie pudo ya contener la risa, y él añadió que la conducta secreta de las comisiones desmentia el lenguaje público de la convencion; que en semejante estado de cosas, tenia fundamento para hablar de la necesidad que tenian los patriotas de despertarse, porque el sueño de los hombres acerca de sus derechos es el que les conduce á la esclavitud.

Oyéronse algunos aplausos del lado de la mon-

taña en favor de Billaud, pero una parte de las tribunas y de la asamblea principiaron á soltar risotadas que indicaban suficientemente aquella compasion insultante que inspira el poder humillado cuando aventura en vano algunas palabras para su justificacion. Dióse mucha prisa Tallien en suceder á Billaud en la tribuna y dijo: «Ya es tiempo de responder á esos hombres que intentan dirigir las manos del pueblo contra la convencion.» — Nadie intenta semejante cosa, prorumpieron algunas voces en la sala. — Si, si, respondieron otras, se quiere emplear las manos del pueblo contra la convencion. — «Esos hombres son, continuó Tallien, aquellos que tiemblan al ver suspendida la cuchilla sobre sus criminales cabezas, al mirar la claridad que empieza á penetrar por todos los ramos de su administracion, y la venganza de las leyes pronta á recaer sobre los asesinos. Esos hombres son los que se agitan hoy y pretenden que el pueblo se despierte, es-travian á los patriotas persuadiéndolos á que todos están comprometidos y se prometen impedir por medio de una conmocion general que se persiga á los aprobadores y cómplices de Carrier.» Interrumpieron á Tallien universales aplausos, y dijo Billaud desde su asiento que él jamas habia aprobado la conducta de Carrier; pero sin hacer caso de estas palabras de Billaud, volvieron á

aplaudir al otro de nuevo y continuó diciendo: «No es posible que se sufran por mas tiempo dos autoridades rivales, ni que se permita á ciertos miembros que guardan silencio aquí, ir inmediatamente á denunciar en otra parte todo lo que haceis.»—No, no, gritaron muchos á un tiempo; que no haya autoridades rivales de la convencion.—«No conviene, continuó Tallien, que se vaya á cubrir de ignominia á la convencion en cualquiera parte que sea, ni tampoco á los miembros en quienes ha depositado el gobierno. Yo no solicitaré ninguna providencia determinada en este momento, pues basta que esta tribuna haya respondido á lo que se ha dicho en otra, y que la unanimidad de la convencion se haya declarado contra los sanguinarios.»

Otros nuevos aplausos indicaron á Tallien que la asamblea estaba decidida á aprobar cuanto se la propusiese contra los jacobinos; tanto que Bourdon del Oisa aprobó las palabras del preopinante, por mas que en muchas cuestiones no fuese del mismo parecer que sus amigos los thermidorianos. Tambien Legendre hizo resonar su enérgica voz diciendo: «¿Quiénes son esos que vituperan nuestras operaciones? Es un puñado de hombres de rapiña, á quienes basta que mireis sus semblantes para que conozcais que están barnizados con la hiel de los tiranos.» Aplaudié-

ronse extraordinariamente aquellas espresiones que eran evidentemente dirigidas contra el aspecto lívido y sombrío de Billaud-Varennes, y continuó Legendre: «¿De qué os quejais vosotros que no cesais un momento de acusarnos? ¿Es acaso de que no se aprisionan los ciudadanos á centenares? ¿De que no se guillotina ya cincuenta, sesenta ú ochenta personas al dia? Ah, confieso que en este punto nuestros gustos difieren esencialmente de los vuestros, y que tenemos una manera muy distinta de desocupar las cárceles. Nosotros nos hemos presentado en ellas para distinguir en cuanto nos era posible los aristocratas de los patriotas, y si nos hemos equivocado en la eleccion, aquí están nuestras cabezas para responder. Pero entretanto que procuramos reparar crímenes, y hacer olvidar que estos crímenes son los vuestros, ¿por qué vais á denunciarlos en una sociedad famosa y estraviar al pueblo que por fortuna concurre allí en corto número? Propongo añadió Legendre al concluir, que la convencion tome los medios convenientes para impedir que sus miembros vayan á predicar la rebelion á los jacobinos.» La convencion adoptó la propuesta de Legendre y encargó á las comisiones que propusiesen los medios.

De esta suerte se hallaban en presencia uno de otro la convencion y los jacobinos y cuando ya

llegan á agotarse todos los discursos , no quedamos sino usar de las manos. Ya principiaba á no ser dudosa la intencion de acabar con aquella sociedad y solo se necesitaba que las comisiones tuviesen el valor necesario para proponerlo. Bien lo conocian los jacobinos , y se quejaban en todas sus sesiones de que se les queria disolver , comparando aquel gobierno á Leopoldo , á Brunswick y á Cobourg, los cuales habian tambien pedido su disolucion. Particularmente una cierta palabra que se habia soltado en la tribuna les dió pretesto para decir que se les atacaba y calumniaba , pues se habia dicho que entre sus cartas interceptadas se encontraba la prueba de que la comision de los emigrados en Suiza estaba de acuerdo con ellos. Si con esto solo se queria persuadir que los emigrados celebraban mucho todas las agitaciones que perturbaban la marcha del gobierno , no les faltaba razon , pues en efecto decia una carta de un emigrado , que era locura esperar vencer á la revolucion por las armas , sino que era preciso aniquilarla por sus propios excesos. Mas si por el contrario se queria suponer que los jacobinos y emigrados estaban en correspondencia y de concierto para llegar al mismo fin , era una especie tan absurda como ridícula , y los jacobinos se alegraban mucho de verse acusados de aquella manera. Por eso no cesaron en muchos dias de decir que eran

calumniados , y Duhem pidió repetidas veces que se leyesen aquellas cartas en la tribuna.

Era extraordinaria la agitacion que reinaba en Paris , donde por una parte salian numerosos grupos del Palacio Real, compuestos de jóvenes con cadeneta y cuello negro , y otros del arrabal de San Antonio y de las calles de San Martin y San Dionisio , que eran los barrios dominados por los jacobinos , y se encontraban en el Carroussel , en el jardin de Tullerías y en la plaza de la revolucion. Unos gritaban *viva la convencion y mueran los terroristas y la secuela de Robespierre* ; mientras los otros respondian con el grito de *viva la convencion , vivan los jacobinos , mueran los aristocratas*. Sus canciones eran tambien diferentes , porque la juventud dorada habia adoptado una que tenia por título *le Reveil du peuple* ; mientras que los partidarios de los jacobinos no cesaban de repetir aquella otra que se habia inmortalizado con tantas victorias : *Allons en fans de la patrie*. Cuando se encontraban cara á cara , no solian contentarse con prorumpir en las propuestas canciones , sino que emprendian á pelear con dradas y palos , y corria sangre y se hacian prisioneros recíprocos que entregaban á la comision de seguridad general , diciendo los jacobinos que como esta solo se componia de thermidorianos , soltaba á los jóvenes que se la denunciaban y solo ponía presos á los patriotas.